

**SILENCIO Y LIBERTAD EN *EL LECTOR* DE BERNHARD  
SCHLINK: LOS DILEMAS DE LA MODERNIDAD.  
SILENCE AND FREEDOM IN *THE READER* BY BERNHARD  
SCHLINK: THE DILEMMAS OF THE ENLIGHTENMENT**

Christian Escobar-Jiménez

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

**ABSTRACT**

This article seeks an interpretation, in the conceptual light of the German Enlightenment rationalism, of the ethical and political dilemmas exposed in the novel *The Reader* by Bernhard Schlink. Reason, freedom, justice, within the framework of these great problems of enlightened modernity, there is an attempt to interpret the moral problems that appear in the novel: shame, guilt and silence, the intergenerational relationship in the postwar period, love, responsibility, and freedom, the mature perspective of a story that goes through several stages of life. Hence, this article, rather than a literary analysis, links political philosophy, morality and ethics with the literary work of Schlink.

**Key words:** *The Reader*, Schlink, German Enlightenment, freedom, guilty, shame

**RESUMEN**

Este artículo busca una interpretación, a la luz conceptual del racionalismo ilustrado alemán, de los dilemas éticos y políticos expuestos en la novela *El Lector* de Bernhard Schlink. En el marco de los grandes problemas de la modernidad ilustrada - la razón, la libertad, la justicia - se pretende interpretar los problemas morales presentes en la novela: la vergüenza, la culpa y el silencio; la relación intergeneracional en la postguerra; el amor, la responsabilidad y la libertad; la perspectiva madura de una historia que atraviesa varias etapas de la vida. Por ello,



este artículo, más que un análisis literario, vincula a la filosofía política y moral con el trabajo literario de Schlink.

**Palabras clave:** *El Lector*, Schlink, Ilustración alemana, libertad, culpa, vergüenza

Fecha de recepción: 27 de junio de 2017.

Fecha de aceptación: 18 de octubre de 2017.

**Cómo citar:** Escobar Jiménez, Christian: «Silencio y libertad en *El lector* de Bernhard Schlink: los dilemas de la Modernidad», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 1 (2017): 96-113.  
DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2017.1>

## INTRODUCCIÓN

En 1995, la publicación de la novela *El Lector* (*Der Vorleser*), le supuso a su autor, el juez alemán Bernhard Schlink, un éxito inmediato en ventas, hecho reflejado en la traducción de esta obra a más de 35 idiomas. La novela obtuvo premios como el «Ginzane Cavour», el «Hans Fallada», el premio de la Heinrich Heine Society, entre otros; y, de acuerdo a William Collins Donahue (2001), esta obra puede ser considerada como el éxito editorial más importante de su década o incluso de los últimos 25 años en Alemania. La temática se centra en el descubrimiento del protagonista-narrador, Michael Berg, cuando era un estudiante universitario de derecho, durante un juicio a ex perpetradores nazis, del papel como guardia de seguridad en Auschwitz de su amor de adolescencia, Hanna Schmitz, 21 años mayor que él.

La crítica favorable había aplaudido la forma en la que Schlink presentaba una serie de problemas morales en la generación de la posguerra, adjudicando a la novela una visión novedosa de la guerra, el Holocausto y los problemas presentes en la Alemania de los 50. Sin embargo, y debido a su impacto y temática, el libro también sufrió una serie de críticas que apuntaban a una simplificación de la experiencia del pueblo alemán, los horrores de la Guerra y el fenómeno nazi, y a que la novela inducía a una suerte de expiación de la culpa general alemana por estos sucesos, representados en la paulatina redención de Hanna Schmitz, la protagonista, y en la actitud condescendiente de Michel Berg, el narrador, al descubrir el gran secreto de Hanna (Niven, 2003; Collins Donahue, 2001).

Esta novela transita entre una serie de dilemas y tensiones que abarcan ciertas irremediables axiologías de la modernidad: la vergüenza y la culpa, la libertad de elección, la razón y el juicio, la tensión entre lo público y lo privado, como las más importantes. El presente trabajo aporta una visión a las dimensiones políticas de las acciones de los protagonistas, que se ven inevitablemente expuestos a una serie de circunstancias extremas, que marcarán su futuro individual y el de su país. El contexto de análisis girará en torno a los ejes programáticos de la Modernidad y de la racionalidad ilustrada alemana.

## 1. ENTRE LA RAZÓN Y EL SILENCIO

En 1784, dos años antes de la muerte de Federico el Grande de Prusia, en un pequeño artículo llamado *Was ist Aufklärung?* un Kant sexagenario describe a su tiempo como una época no ilustrada, sino en proceso de ilustración. Lo que Kant concibe como época ilustrada – y coincide con el *Zeitgeist* de la Modernidad – es una paulatina redención humana de su «culpable incapacidad», del despertar humano hacia la libertad, el abandono de la tutela espiritual, la sustitución de la pereza por la autodeterminación de nuestros destinos, para alcanzar el imperativo categórico de la libertad, a través de la razón. Enmarcado en la visión general de su tiempo, Kant piensa en la libertad como una potencia humana que se ha ido desarrollando a lo largo de la Historia, hasta llegar a un punto en el que el plan de la naturaleza hallaba ya su pleno proceso (Kant, 1784/1994).

Este tema tan extendido en el idealismo racionalista alemán, encuentra otra famosa contraparte: la hegeliana. Para Hegel, el camino hacia la libertad, desplegada en un último momento en el Estado, como manifestación del espíritu absoluto, no tiene retroceso, la propia astucia de la razón la ha ido construyendo hacia su manifestación absoluta (Hegel, 1821/1968). En el caso de Kant, esta misma búsqueda de la razón se enfrenta a la propia condición humana, su consecución no está totalmente garantizada, aunque el plan de la Historia implique tal camino.

Esta lectura general es bastante conocida en la Filosofía de la Historia. La libertad es un elemento constitutivo de la razón moderna, independientemente de la concepción filosófica (el racionalismo idealista kantiano, la dialéctica idealista hegeliana, la crítica marxista a la «esencialización» de la libertad y la historicidad de su apareamiento y despliegue, la concepción relacional de la misma en Bauman, etc.). La libertad, al menos como tema, es una constante en la historia occidental (presente en la voluntad de la ética aristotélica o ejemplificada en la disputa sobre el albedrío y la libertad divina sobre su propia creación, en Occam y Santo Tomás), que recobra fuerza en la Ilustración y en sus críticos (románticos, irracionalistas, etc.).

Esta razón, expuesta por Kant, es la que nos permite liberarnos de la tutela, lo contrario a la volición humana<sup>1</sup>, necesaria para desplegar la libertad (que en sociedad implica

---

<sup>1</sup> Kant entiende a la voluntad como razón práctica, es la «facultad de no elegir nada más de lo que la razón, independientemente de su inclinación, conoce como prácticamente necesario, es decir, bueno» (Kant, 2013: 36).

el reconocimiento de la libertad de otros). Esta potencia soterrada por nuestra culpabilidad – por eso la necesidad de inaugurar la filosofía crítica –, se enfrenta a sí misma, decae, retrocede, pero el gran esplendor de esta búsqueda por la Ilustración, se lo puede rastrear en aquel espíritu iluminista germano, centrado en el Estado prusiano, que inaugura o consolida un sentido de unidad doble: el de la nación germana y el de la propia razón.

Con el fin de las guerras napoleónicas, el espíritu prusiano – que encarnaba el ideal de lo «germano», el *Volksgeist* – exaltado por Herder o Hegel y denostado por Nietzsche –, aparece dentro de la filosofía idealista o como aquella vanguardia del proceso (Kant) o como la ejemplificación máxima del momento en el que entroniza el espíritu absoluto (Hegel).

En la posición kantiana, desde el aspecto de su ejercicio, la libertad individual tiene, al menos, dos dimensiones de acción: una pública y una privada. El uso libre de la razón deriva en la posibilidad de que cada uno construya juicios y opiniones, pero que deben estar sometidos al juicio externo, a la razón crítica, pues por el bien general, no todas las opiniones son igual de válidas ni pueden ser expresadas. El punto de confluencia es lo público, por ende, lo político. Nuestras opiniones individuales, el ejercicio pleno de nuestra libertad en la razón, sólo es posible a través del conocimiento, de la razón crítica. La fundamentación del papel de la Ilustración queda sostenida en la expansión y el universalismo del conocimiento, en la necesidad de entronizar a la razón a través de él, para poder aportar a la libertad pública, con un conocimiento crítico e informado; de otra forma, uno puede opinar, pero al hacerlo de forma acrítica, desinformada, a fin de cuentas, errada, no estaríamos aportando a la construcción de lo público. Por ello, la expansión de la razón, de esa época en proceso de ilustración, debía darse a través del universalismo en la educación.

A partir del siglo XIX, se encarga a Wilhelm von Humboldt la creación de una política general de educación, que desembocará en la creación de la Universidad que hoy lleva su nombre y da cuenta del sentido del espíritu ilustrado que atraviesa aquel tiempo. Este mismo espíritu universalista, llevó a que, para la primera mitad del siglo XIX, más de la mitad de los habitantes de los diferentes estados germanos estuvieran alfabetizados (Hobsbawm, 1999), a diferencia de la mayoría de los otros pueblos de la vieja Europa.

Paradójicamente, la razón crítica, principio de libertad, de liberación de la «culpable incapacidad» humana, en el caso prusiano, no se tradujo en el ideal kantiano de un Estado republicano, por ello, en una sociedad de derechos; sino en un Estado despótico, alrededor

del cual se construiría el futuro Imperio alemán de Bismarck. La visión hegeliana se *impuso* sobre la kantiana<sup>2</sup>.

El ideal de nación germana podría asentarse en esta particular concepción de la Ilustración, de una especie de necesidad de universalización del conocimiento, sin que se traduzca en la construcción del ideal liberal o republicano en lo político. El sentido de pertenencia, sea cual fuera el resultado en lo político, en cuanto al Estado, se puede alimentar por esa particularidad del espíritu, en el cual no sólo el conocimiento tiene su función primordial, sino que también sustenta a la nación en su propia lengua y en el conocimiento de ella. La política, en un sentido general, se puede presentar como una construcción de lo común, que sobrepasa la pertenencia de los individuos como ciudadanos en el Estado y que se concentra, más bien, en el aspecto espiritual de la pertenencia a una comunidad, al pueblo, el *volksgeist*.

Por ejemplo, a inicios del siglo XIX, el movimiento de los hermanos Grimm, por acreditar a la lengua como nodo de la espiritualidad germana – quizá en un sentido análogo a la que el pueblo judío concibe a su propia lengua, aquella en la que Dios dictó las escrituras – va fortaleciendo el imaginario de lo germano, en el que la lengua y sus manifestaciones escritas tienen un rol fundamental. La nación en un pasado común, desarrollado en una lengua determinada y ahí radica un nodo inquebrantable que alimenta de forma concreta lo inasible del espíritu del pueblo. Esto es un punto central en lo que Benedict Anderson (1993) llama «comunidades imaginadas» y que permite forjar la nación.

La comunión espiritual, en el sentido político, según Arendt (1997), radica en esa capacidad de relación entre iguales – entre sujetos libres -, en la capacidad de comunicación para la construcción de lo público de tales sujetos (Habermas, 1999). Por todo ello, el analfabetismo, un uso limitado del lenguaje – en este caso, representado la condición de Hanna - funge como una ruptura de doble partida: con toda la tradición espiritual alemana y con la falta de correspondencia concreta de un individuo en un contexto que le sería totalmente ajeno (el de Alemania como eje de la Ilustración). Sin duda, hay una pérdida del sentido de comunidad, lo que reduce al sujeto a su pura individualidad y lo aleja de una experiencia que debería ser colectiva. Por esto, Hanna, para resolverlo de alguna manera,

---

<sup>2</sup> Hegel (1921-1968) no deposita la soberanía del Estado en el pueblo, sino en el propio monarca, pues el Estado es necesariamente indivisible y, por ello, la soberanía debe recaer en una sola persona.

sólo se allana al silencio de su condición, pues de otra forma, se revelaría todo el peso de tal ruptura<sup>3</sup>.

Además, el momento histórico de Hanna coincide con la expresión máxima de tal desarrollo colectivo, toda la historia alemana desemboca en el Tercer Reich, como manifestación política del espíritu asentado en la comunidad aria<sup>4</sup>. La expresión máxima de la superioridad de la raza es todo aquel legado histórico, evidenciado en la tradición cultural alemana. El silencio de Hanna es la forma en la que esta comunión es posible. Como cualquier vergüenza, debe ser reducida a lo más secreto e inexpugnable. «¿Qué es más individual, más idiosincrático, más secreto e incommunicable que la vergüenza? (Parienti-Maire, 2011: 2)<sup>5</sup>.

Así, la protagonista vive un desgarramiento constante, una especie de exilio interno permanente, en el que la posibilidad de mantenerse en la comunidad, de seguir perteneciendo a ella, encuentra solución en la paradójica opción del aislamiento. De otra forma, sería fácil descubrir el secreto, en una sociedad en la que el lenguaje escrito es omnipresente como el aire. He ahí una paradoja infernal, que de tanto en tanto, tiene que traducir esa especie de exilio interno a un movimiento continuo, que debe guardar el sentido del silencio a cualquier costo. La huida es la única posibilidad de sobrevivencia de esa patria puramente espiritual y desgajada de toda referencia concreta: «en movimiento, los personajes son sometidos a fuerzas que los extirpan del suelo, por tanto de lo real» (Parienti-Maire, 2011: 8).<sup>6</sup>

Hanna se mueve de su natal Hermannstadt, en la actual Transilvania (sitio periférico, que puede explicar la raíz de su analfabetismo y en donde los pueblos germanos convivieron en la identidad y diferencia con eslavos y magiares), hacia otros lugares en una huida constante. En este escape, encuentra trabajo en *Siemens*, pero ante un inminente ascenso, Hanna deja su puesto y llega a enlistarse en las SS, con tal de ocultar su vergüenza. Lo mismo sucederá en el tiempo del encuentro con Michael.

Por ello, la clave de la comprensión del problema es el silencio; sólo allí se puede entender la dimensión simbólica que permite resguardar a Hanna del desmembramiento.

<sup>3</sup> De acuerdo a William Collins Donahue (2001), una de las críticas a esta novela, era el problema de la verosimilitud del analfabetismo de Hanna, cuestión *prácticamente imposible* para un alemán en aquellos tiempos.

<sup>4</sup> Basta recordar la importancia que Hitler le daba a «probar» que los pueblos llamados bárbaros por romanos y griegos no eran tal cosa y que la grandeza alemana había iniciado ya su viaje, a través de la lengua, el conocimiento, la inteligencia y superioridad general germanas, desde hace más de 2.000 años.

<sup>5</sup> «Quoi de plus individuel, de plus idiosyncrasique, de plus secret et de plus incommunicable que la honte?» (la traducción es mía).

<sup>6</sup> «En mouvement, les personnages sont soumis à des forces qui les décalent du sol, donc du réel.» (la traducción es mía)

Hacer pública su vergüenza sería evidenciar su extrañamiento con el mundo en el que le ha tocado vivir (no sólo el concreto de la Alemania nazi, sino el espiritual del pueblo germano), con el espíritu y la historia.

La vergüenza es el móvil, pero es el silencio la forma de sobrellevarlo y por ello se convierte en un bien inembargable e inexpugnable, una especie de *bien superior*. Todo es preferible a perder el derecho al silencio de tal vergüenza (como se verá después, en el juicio). Pero el silencio también es la posibilidad de negar el carácter político que reside en nosotros, que sólo puede realizarse en la relación, en la comunión con el otro. He ahí la paradoja, la contradicción, la única forma de sobrevivir a la comunidad es el silencio, pero allí mismo está la imposibilidad de vivir en esa comunidad. El silencio de Hanna es la condena a vivir el secreto, la imposibilidad de comunicar y, por tanto, de entrar en la sociedad, precisamente para conservar su lugar en ella.

Como anoté, Hannah Arendt (1997) creía que la política sólo es posible en la relación entre iguales, para formar una comunidad de «libres». Fuera de ello, la política no es realizable, se trata de otro tipo de relación, una de fuerza, por ejemplo. Hanna no se vincula a nada, no hay relación, vive en una permanente huida y su pertenencia parecería, más bien, un accidente, en el que el resguardo individual es más importante que el sentido de las acciones que se desprenden. El propio espíritu de lo apolítico, la concreción más pura de aquella libertad privada de Kant es el silencio. El silencio se convierte en el medio de aliviar lo insufrible, la forma en la que el individuo prefiere permanecer al margen de la comunidad, para no ser expulsado de ella.

Hanna no decide más allá del silencio, pues – diría que hay tal sugerencia en la novela - nada hay en su mundo que no sea propiciado por la vergüenza. Algo tan importante como enlistarse en las SS (una organización que fue reconocida como criminal por otros miembros del propio partido nazi) aparece como simplemente accesorio, un accidente que surge en el camino, al cual se ve abocada. Al parecer, para Hanna, enlistarse en las SS no es un precio a pagar por el silencio (el precio es la imposibilidad de comunión, el desarraigo, la «no política»), pues jamás se pregunta por ello, no existe nada que evidencie para sí que las cosas *podían o debían ser de otra forma*.

Pero solo la perspectiva de la historia parece darle su «real dimensión» a la dictadura nazi. Hanna es ajena a esta dimensión, no participa de ella, su mundo ágrafo la mantiene aislada en su propio secreto y escapa de él, no participa en la vergüenza colectiva del futuro. Su pregunta al juez «¿qué habría hecho usted?» (p.119), sobre si debía dejar su responsabilidad

como guardia o dejar escapar a las personas a su custodia ante una situación en la que morirían encerradas en una iglesia quemándose, evidencia la condición acrítica del individuo-engranaje, da cuenta de esta alienación. Hanna prefiere defender su propio secreto incluso a ser calificada como criminal de guerra, defender su patria, anclada en la lengua.

El momento clave para dilucidar esto, nos lleva desde el instante del descubrimiento de Michel del analfabetismo de Hanna, hasta la decisión de ella de echarse la culpa de la muerte de cientos de personas, antes de delatar su analfabetismo. Ante el repudio por el crimen o por su analfabetismo, sabemos lo que ella prefiere. En este punto, uno no sabe con certeza si Hanna opta por endilgarse todo lo abyecto que constituye el «ser nazi» – en Auschwitz, lo más protervo imaginable, la fórmula más acabada del tenebroso aparato técnico-legal nazi -, o es totalmente ajena a esta dimensión.

## 2. SILENCIO Y CULPA

De acuerdo a Niven (2003), buena parte de los autores que han analizado la novela, ven en el analfabetismo de Hanna una metáfora de deficiencia moral. El analfabetismo, la antípoda de lo ilustrado, supondría la imposibilidad de sostener la condición moral humana en toda su plenitud, por ello el término *deficiency* usado por Niven. Esta visión crítica puede estar en consonancia con la descripción de Kant sobre la Ilustración, entendida como una etapa en la que abandonamos la infancia moral humana por la cobardía e irresponsabilidad de tomar las riendas de la propia vida, salir de la culpable incapacidad por el uso de la razón. El analfabetismo supone un tipo de razón deficiente, sería esa imposibilidad de nombrar, designar, referir la parte sustancial de lo humano: «...the metaphorical force of illiteracy lies in the associative resonance of being unable to ‘spell out’ the basics of moral language» (Niven, 2003: 383).

Esta especie de estado permanente de Hanna, marcado por un analfabetismo que solo perderá en sus últimos años, es opuesta a la evolución de Michael. El encuentro con el adolescente (al igual que las chicas que seleccionaba en el campo de concentración, y esperaba que le leyese), marca la contraparte de tal deficiencia moral. El quinceañero Michael, aquel hombre en potencia, el *quasi* libre y futuro juez; en pocas, *El Lector*, marca el ritmo de la evolución normal frente al estancamiento moral, solo resarcido en sus últimos años, con cierta conciencia final sobre lo que pasó durante el régimen nazi y su propia participación.

Al aprender a leer, Hanna entra en contacto con la Historia. Curiosamente, Hanna vivió esta Historia, pero cobra una dimensión moral cuando aprende a leer y la puede significar. Al final de la novela, Michael confiesa a la sobreviviente judía que, de acuerdo al director de la prisión, Hanna se vio muy interesada en el Holocausto y los sucesos de la guerra, pero ella ve ahí una forma de expiación tardía de lo que no puede ser perdonado.

A sus 15 años, Michael simboliza la otra generación, aquella que debe levantarse de las cenizas de la guerra. Ambas minorías de edad, la de Michael y la de Hanna en su condición, deben vivir su ensimismamiento. Al igual que Hanna, Michael guarda su secreto consigo, el mismo que únicamente reaparece al momento del juicio y que sólo terminará a la muerte de Hanna (pues el libro – es decir la confesión – ya contiene este hecho).

En la novela, nos hallamos con dos momentos diferentes de la posguerra. El primero, en el que Michael conoce a Hanna y establece la relación. Ella lo limpia y baña en ocasiones consecutivas; él le lee; ambos se aman. La acentuada pulcritud de Hanna en este primer momento, desentonará después, cuando su pasado oscurezca aún más el secreto de los recuerdos repetidos apenas en la madurez. El escenario del primer momento es el hogar de Hanna; la trama: el descubrimiento de la sexualidad.

López Ruiz (2015) ve en la descripción del hogar de Hanna, en la cocina y en los olores, la sofisticada insinuación del cambio generacional, modificado por los efectos de la reconstrucción económica de la posguerra, de la inmigración y el anuncio de la época posterior de bonanza.

Esta Alemania es una sociedad que vive directamente de la sombra de la guerra, pero es una sombra todavía amorfa. Uno puede recordar las afirmaciones de Primo Levi sobre la suerte de sus primeros escritos, el silencio y el descreimiento sobre ellos, a pesar de las revelaciones que se sucedieron continuamente, sobre todo después de los juicios de Nurenberg, como si un hastío sobre lo ocurrido y un deseo de olvido fuese la sombra de la guerra. Sombra al fin.

En la novela, los primeros capítulos son sobre este momento, en el que no existe ninguna alusión al pasado alemán. Todos los momentos están signados por otro descubrimiento, por la casa de Hanna, por el viaje, por el amor. Michael también vive su minoría de edad, como una especie de *apoliticidad* y la vive en silencio.

El segundo momento es el del reencuentro en el juicio. El despertar a lo político. Patient-Maire (2011) cree que esta novela puede ser entendida como una novela de formación, que recorre la vida de Michael desde la adolescencia; pero que también puede ser

vista, ante el tono y los sucesos relatados, en la mácula imperecedera del primer encuentro, en una novela del fracaso. En el segundo momento, la mácula ya no cobra el cariz del abandono del amor, sino del descubrimiento de lo siniestro en el sujeto amado. El amor se debería conjugar en futuro, pero queda, para siempre, ceñido en un pasado oscuro, vuelve en la política, en cierto significado directo sobre la guerra, en el engranaje sombrío de ambas generaciones.

¿Pero qué sucede en esta generación? Michael vuelve a Hanna, en un descubrimiento repentino. De pronto, había que resignificar completamente el pasado, esto tendrá sentido en dos momentos, con Hanna y con el propio encuentro con el padre. Michel dice:

No era el primer juicio contra criminales de guerra, ni tampoco uno de los más importantes. El catedrático, uno de los pocos que por entonces trabajaban sobre el pasado nazi de Alemania y los procesos judiciales relacionados con él, lo escogió como tema de un seminario, con la intención de hacer un seguimiento del proceso y evaluarlo en su totalidad con ayuda de los estudiantes. Ya no me acuerdo de qué era lo que pretendía comprobar, confirmar o refutar. Sólo recuerdo que en el curso del seminario discutimos sobre el asunto de la prohibición de las penas retroactivas. La cuestión era: para condenar a los guardas y esbirros de los campos de exterminio... (86).

Michael asiste a los juicios. Ve a Hanna como acusada y puede presenciar su actitud despreocupada. Lo que debería entenderse como culpa, sencillamente no lo es y ello es más odioso para todos. Hanna juega en su contra, es mal vista, la culpa no se evidencia ni en sus actitudes ni en sus respuestas. Podemos recordar el juicio de otro extrañado del mundo (guardando la distancia de los actos y responsabilidades entre uno y otro): podemos ver a Meursault echándose la soga al cuello muy a pesar de todos quien, al contrario de Hanna, no quieren condenarlo.

Los dilemas de Michael están centrados en la responsabilidad, en cómo juzgar los actos. La actitud distante de Michael, ante la participación de Hanna, anuncia la imposibilidad de aprehensión de la Historia, de los hechos, del sentido de todo; pero también una postura de ética laxa, una posición *posmoderna*, como diría Collins Donahue.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> En el capítulo 14 de la segunda parte, Michael viaja a Auschwitz haciendo autostop. Quien lo transporta ensombrece un poco cuando le dice a dónde se dirige. El conductor le pregunta qué es lo que quiere entender, cómo se puede matar a alguien por deber, por cumplir órdenes, cómo no sentir algo de solidaridad. En un momento habla de los verdugos: «El verdugo no obedece órdenes. Simplemente hace su trabajo; no odia a las personas a las que ejecuta... Le son completamente indiferentes, que le da lo mismo matarlas o no matarlas» (p.143). En un punto, el conductor cuenta sobre una fotografía en la que un oficial descansa y fuma mientras

¿Por qué remitir la culpa a Hanna, más allá de sus propios actos? Parece recordar la pregunta de Adorno, ¿cómo es posible la filosofía después de lo ocurrido? ¿seguir después del horror no es igual de vergonzoso? ¿quién está libre después de algo así?

¿Es ése nuestro destino: enmudecer presa del espanto, la vergüenza y la culpabilidad? ¿Con qué fin? no es que hubiera perdido el entusiasmo por revisar y esclarecer con el que había tomado parte en el seminario y en el juicio; sólo me pregunto si las cosas debían ser así: unos pocos condenados y castigados, y nosotros, la generación siguiente, enmudecida por el espanto, la vergüenza y la culpabilidad. (99)

¿Cuál es el real sentido, unos pocos acusados para lavar cierta culpabilidad colectiva, para devolver una especie de dignidad humana a la anuencia de la generación pasada, como simple espectadora ante lo ocurrido? La pregunta no tiene respuesta, es un asunto moral que no puede ser desentrañado de ninguna forma, solo vivido en todo su espanto.

En este encuentro, Michael no solo se enfrenta a su memoria privada, sino que ésta cobra un cariz diferente en el escenario público. Me parece que, para Michael, el sentido que se le puede otorgar a la memoria, queda en el mero absurdo. En el momento en el que descubre la condición de Hanna (a su papel como guardia nazi y a su analfabetismo), todo el pasado se agolpa para cobrar sentido en un hecho único, pero que ante el tamaño de la marca en la vida y de la deuda consecuente, es insignificante, es simplemente un dato absurdo en un mar de sin sentidos.

Y no sólo aúna un absurdo al dato biográfico, sino que es totalmente insignificante con respecto a una decisión aún más compleja y socialmente significativa: la autoinculpación. Al reconocerla «no siente nada», tampoco durante el juicio, todo el peso de su propia historia vuelve apenas con la luz sobre el secreto de Hanna. Pero Michael es la nueva generación, aquella de la ruptura de la comunión del *Volksgeist* hacia la comunidad de la vergüenza por el pasado, es la generación de la perspectiva, en el que los hechos cotidianos del mundo pasado – sobrevivir, buscar un empleo (Siemens, un campo de concentración, etc.) – son resignificados, se convierten en el gran abstracto que es la Historia y desaparecen las «historias», esas como las de Hanna, expresada en su rol, en su papel ante la máquina, que

---

hace lo que «debe» con un grupo de judíos rusos. En un punto, Michael entiende que lo que el conductor describe no es una fotografía, sino que él mismo era el oficial. Michael se lo dice y él lo echa del auto. Michael no menciona más el suceso, se limita a narrarlo con un tono de incompreensión y distancia, que es la constante de tal posición *posmoderna* que denuncia Collins Donahue.

---

apenas vuelve a lo humano, precisamente cuando se recuerda que pedía que personas próximas a morir le leyeran en privado.

¿La culpa puede ser solo de Hanna? Ante las preguntas del juez: «¿ninguna de ustedes se negó a participar? ¿Actuaron todas de común acuerdo? ¿No sabían que enviaban a las prisioneras a la muerte? ¿Así que, para hacer sitio, ustedes decían: Tú, tú y tú os volvéis a Auschwitz para que os maten?» – había una racionalidad implícita, no ajustada necesariamente a la razón expuesta, pero racionalidad al fin y al cabo, entendida como la forma en la que se minimizan los medios utilizados para conseguir ciertos fines, una instrumentalidad que no está puesta en duda, pues es parte de la maquinaria, la respuesta a tal cuestión es otra pregunta. Antes de ello, el narrador nos dice: «Hanna no entendió lo que el juez quería decir con aquella pregunta» – una pregunta nada más que retórica, pues el rol de las acusadas estaba claro. Ante ello, Hanna responde: «A ver ¿qué habría hecho usted?» (p. 105). Desarma la acusación, pues la respuesta a ella es la propia enajenación, por qué culpar ahora al engranaje, cómo el sistema – pero todavía, un sistema que juzga a otro – se ensaña con su criatura.

### 3. LIBERTAD Y SILENCIO

En un punto determinado del juicio, y volviendo sobre las experiencias vividas con ella durante su adolescencia, Michael cae en cuenta del analfabetismo de Hanna. Este instante constituye un punto de inflexión, pues es el momento en el que, al volverse consciente, Michael no sólo puede darle un sentido a las acciones de Hanna y, por ello, a su propio pasado – entender cómo esa vergüenza marcó su minoría de edad -, sino que tiene la oportunidad de decidir sobre el futuro de otro.

En el momento en el que Hanna está dispuesta a autoinculparse para no delatar su vergüenza, Michael se enfrenta directamente al dilema de respetar la decisión de Hanna o hablar a pesar de su decisión. ¿Qué es más importante, la verdad o la libertad de elección individual; la libertad de elección o la libre movilidad (expresión máxima de la libertad, pues implica el encierro)? Como se puede ver, la cuestión no es menor, toca los elementos primordiales de la civilización, las aporías de la modernidad y de la propia condición humana: individuo *versus* sociedad.

Michael sólo puede hacer referencia al problema con todos sus interlocutores de forma indirecta: «si alguien quisiera ocultar que es homosexual». Pero llega el momento de tomar una elección. La conversación crucial sobre qué hacer respecto al caso, la mantiene con su padre, con el filósofo y quien simboliza la ruptura generacional entre la imposibilidad de comprensión y la vergüenza por la anuencia de la Historia.

No fui a hablar con mi padre, sino con el filósofo que había escrito libros sobre Kant y Hegel, autores que, por lo que yo sabía, habían reflexionado sobre asuntos morales. Al adivinar que se trataba de un asunto relacionado al juicio, el narrador dice: «se remontó a conceptos como la persona, la libertad y la dignidad, y recalco la idea del ser humano como sujeto al que nadie tiene derecho a convertir en objeto». (131)

La respuesta del padre es esta: «¿No te acuerdas de cómo te enfadabas de pequeño cuando mamá, por tu bien, te obligaba a hacer algo que no querías? ¿Tenía derecho a hacerlo, aunque fueras un niño?» (133). Los niños no son un asunto de la filosofía, ésta se ha olvidado de los niños y «no sólo de vez en cuando, como me pasaba con vosotros, sino para siempre. Lo que no puede entrar en la razón, no es un asunto de la filosofía, tampoco del padre, aquello que quedó relegado a un recuerdo, el amor privado y clandestino que vuelve a la mente individual a través de la visibilización del pasado. ¿Qué derecho tendría Michael por un simple amor adolescente, de violentar la decisión de otro? Mantener como privado lo que debe ser privado, aunque ataña a lo público es otra forma aporética de la modernidad.

El padre dice: «Pero en el caso de los adultos, desde luego, tengo muy claro que no hay justificación alguna para anteponer lo que un sujeto considera conveniente para otro a lo que éste considera conveniente para sí mismo» (p.133). Y conmina a «convencer» a Hanna de su propio error.

¿Hay errores en la libertad de elección en asuntos que afectan, en última instancia? ¿La libertad de elección individual puede ir en contra de la libertad misma – la de movilidad, que implica a casi todas las demás? Uno podría recordar la máxima de los derechos humanos actuales, por la cual uno no puede renunciar a su libertad – en los casos en los que uno paga una pena con cárcel, la libertad no se pierde (pues se perdería la dignidad humana expresada en la libertad misma), sino que se usa el tonto eufemismo de que ésta *queda suspendida*. La libertad propia no se puede enajenar, uno no puede, aunque quiera, venderse como esclavo, aunque sea una decisión propia; supondríamos que esta enajenación de la libertad por decisión propia lesiona a toda la sociedad, legitima la esclavitud.

Para Kant, después de este mundo causal, determinado, heterónomo, queda el otro mundo, el que surge del juicio que supera el entendimiento de lo natural. Los humanos somos algo más que lo experimentable, que naturaleza, somos libertad, parece que eso lo intuye Michael y lo corrobora el padre, ¿pero cuál libertad prepondera? Si todas son iguales, ¿qué se debe ponderar? La respuesta, otra vez es la inmovilidad, el silencio, no hay forma racional de resolver tal aporía. La elección es la no elección, el dejar hacer.

Para Michael, la autonomía queda en la propia elección de Hanna, aunque parece intuir que hay algo espurio en ello, porque nadie debería lesionarse a sí mismo. También podríamos decir que esto queda como un mero asunto de verdad, pues la responsabilidad de Hanna en el incendio de la iglesia, en la marcha de la muerte, está clara, pero ante tales sucesos, la justicia humana no tiene ya ningún sentido.

Siempre, la respuesta de Michael será otra forma de silencio. Parecería que la duda es lo único que le queda, ninguna axiología tiene real sentido, son los grandes preceptos de la modernidad, irrevocables, infinitos, ubicuos, viviendo una extraña condición perentoria. Por ello, como hemos dicho, la inmovilidad y el silencio de Michael, la distancia y la imposibilidad de llamar a los delitos de Hanna por su nombre, encubren cierta anuencia, tienen una postura *posmoderna* (Collins Donahue, 2011).

Este ambiente de inmovilidad general de Michael (cuya contraparte es el silencio de Hanna y su desplazamiento permanente) impone un ambiente general en la novela que se traduce en varios ámbitos, como una novela de interrogaciones permanentes, que se traduce en la incertidumbre continua sobre el futuro o la incapacidad de tomar una postura clara frente a los acontecimientos. Esta cita me parece que ejemplifica tal ambiente general y sintetiza la postura de Michael: «No me imaginaba en ninguno de los papeles de jurista que había visto en el juicio de Hanna. Acusar me parecía una simplificación tan grotesca como defender, y el papel de juez era la peor de todas las simplificaciones.» (169).

Después de todo, acusar la simplificación del juez es no atreverse a juzgar, a tomar parte en la razón práctica necesaria para afrontar los dilemas éticos del mundo. Los viejos códigos parecerían que se han perdido.

#### 4. LA DISTANCIA ENTRE GENERACIONES

Pero existe una última cuestión. La postura de Michael con los sucesos de su propia adolescencia, el rol de Hanna en el campo, su culpabilidad, limitarse a informar los deseos de Hanna a la sobreviviente al final del libro, el encuentro con aquel posible oficial nazi en su viaje a Auschwitz, todo signado por la distancia y la imposibilidad casi ética de tomar partido, contrasta con su posición frente a la generación de su padre. En última instancia, parecería que todo aquello que trasciende al ámbito de lo privado hacia lo público – el primer amor convertido en perpetradora, la relación con el padre que a su vez es símbolo de una generación – vuelve hacia lo privado, a la visión del protagonista sobre lo que representan estas relaciones respectivas.

Michael parece haber heredado la posición de su padre frente a todo, incluyendo a su propio hijo: la distancia. Si bien Michael reconoce las desventajas que vivió durante la guerra, se le puede reprochar, como ocurrió frecuentemente, la distancia como forma de anuencia con un régimen criminal. Mientras Hanna parece haber tenido la excusa de su propia «infancia moral» para pertenecer a la maquinaria, en el caso del padre no hay excusa válida. Michael no acude al padre, sino al experto en autores eximios de la filosofía moral del idealismo alemán; y a pesar de esa posibilidad de tomar partido frente al mundo, el padre encarna la propia inmovilidad de toda una generación.

En casi todos los aspectos, Michael se abstiene de acusar, de reducir tal complejidad para poder tomar partido; pero no en el caso de su padre y de toda una generación. Uno podría suponer que mientras Hanna se ve abocada a todas las circunstancias de su vida, su padre, consciente plenamente de lo que sucedía (quizá no en los detalles del horror de los campos de exterminio, como se suele proponer), no toma partido de la forma en la que «debía ser». Michael y toda su generación se prolonga en la anterior en esa inmovilidad y desentendimiento, es heredera de la culpa de la inacción primera, la condena permanente a un pasado inasible que no se puede comprender.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.
- Arendt, Hannah (1997): *¿Qué es la política?* Madrid, Paidós.
- Bauman, Zygmunt (2010): *Libertad*, Buenos Aires, Losada.
- Collins Donahue, William (2001): «Illusions of Subtlety: Bernhard Schlink's *Der Vorleser* and the Moral Limits of the Holocaust Fiction» en *German Life and Letters* 54:1: 60-81.
- Habermas, Jürgen (1999): *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
- Hegel, G.F.W. (1830-2004): *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza.
- Hegel, G.F.W. (1821-1968): *Filosofía del Derecho*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Hobsbawm, Eric (1999): *La era de la revolución, 1789 – 1848*, Buenos Aires, Crítica.
- Kant, Immanuel (1785-2013): *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, México, Editorial Porrúa.
- Kant, Immanuel (1788-2013), *Crítica de la razón práctica*, Madrid, Alianza.
- Kant, Immanuel (1784-1994): *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos.
- Kant, Immanuel (1784-2004), *Was ist Aufklärung. Utopie kreativ*, H 159: 5-10.
- López Ruiz, Rosa María (2015): «Percepciones a través de los sentidos y el cambio de la sociedad alemana a partir de la posguerra en el libro “El lector” de Bernhard Schlink», *Aporía jurídica*: 79-94.
- Niven, Bill (2003): «Bernhard Schlink's “Der Vorleser” and the Problem of Shame», en *The Modern Language Review*, Vol. 98-2º: 381-396.
- Parianti-Maire, Karin (2011): «Honte et politique dans *Le Liseur* de Bernhard Schlink» *Le texte étranger* 8 (en ligne).
- Schlink, Bernhard (2011): *El lector*, Barcelona, Anagrama.
- Swales, Martin (2003): «Sex, Shame and Guilt: Reflections on Bernhard Schlink's *Der Vorleser* (The Reader) and J.M. Coetzee's *Disgrace*», *JES*, 33:1: 7-22.



## SOBRE EL AUTOR

### ***Christian Escobar Jiménez***

Doctor en Lógica y Filosofía de la Ciencia por la USC. Estudios de maestría en Economía, Filosofía, Relaciones Internacionales y Semiología en Francia, España, Ucrania y Ecuador. Docente de la Escuela de Sociología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Sus intereses se centran en la teoría política, economía de las instituciones y monetaria, epistemología de las ciencias sociales, filosofía de la literatura y de la música, teoría del arte. Autor de varios artículos sobre estos temas, traductor y autor.

### **Contact information:**

Christian Escobar Jiménez  
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador  
Av. 12 de Octubre 1076 y Roca, Quito-Ecuador  
00 593 22991580, 22991700 ext. 1698  
[cmescobar@puce.edu.ec](mailto:cmescobar@puce.edu.ec), [cmescogen@hotmail.es](mailto:cmescogen@hotmail.es)